

Imprimir

*Marvel Moreno[1] (Barranquilla, 1939 – París, 1992) fue una escritora colombiana vinculada al círculo conocido como el Grupo de Barranquilla, junto a figuras como Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio. Escribió En diciembre llegaban las brisas durante su exilio en París, novela publicada en 1987 por Plaza & Janés, con la que fue finalista del Premio Literario Internacional Plaza y Janés y merecedora del Premio Grinzane Cavour en 1989.*

Hay libros que se leen y hay libros que se atraviesan. En diciembre llegaban las brisas, obra fundamental de la escritora colombiana Marvel Moreno, pertenece a esta segunda categoría: no es una novela que simplemente se recorre con la vista, sino una que exige detenerse, respirar hondo y guardar silencio antes de pasar a la página siguiente. En su reconstrucción de la Barranquilla de mediados del siglo XX, la obra no cuenta solamente la historia de la condición femenina bajo el yugo tradicional: cuenta también la dimensión política de por qué recordamos y para qué sirve convertir el trauma en memoria colectiva.

Cuando la ficción y la realidad son la misma palabra

En el texto, relato e historia se narran igual, como una misma cosa. Esa coincidencia sintetiza lo que ocurre en la narrativa de Moreno: la ficción y la realidad se entrelazan hasta volverse indistinguibles. Lo que leemos como invención literaria es, al mismo tiempo, testimonio sociológico. Las protagonistas —atrapadas entre el peso de una sociedad burguesa y conservadora que exige la apariencia y el silencio, aun a costa del propio sometimiento— viven bajo la vigilancia constante de un orden patriarcal y misógino que las empuja hacia la simulación, el encierro o la evasión.

Y, sin embargo, las mujeres sobreviven. Esa es la revelación más profunda del texto: no estamos ante una apología de la derrota, sino ante una radiografía de la supervivencia bajo el patriarcalismo. Cuando el peligro se activa, cuando el cuerpo y la mente reconocen la amenaza y se dispara esa respuesta ancestral de lucha o huida que nos habita, no siempre hace falta el enfrentamiento físico directo. A veces la lucha es contra el entorno social y estructural, contra la hegemonía entera de una época. A veces es huir a través del auto-exilio para salvar la voz y la lucidez, llevando consigo los vínculos comunitarios —las abuelas, las

tías, las amigas— para convertirlos en literatura y evitar que el olvido los borre.

El trauma que se transforma en legado comunitario

Las páginas de Moreno no edulcoran el dolor. Aparecen las huellas del trauma de quien ha vivido un entorno asfixiante, la violencia psicológica e institucional, la sensación de estar atrapadas en una noche cerrada sin salida. Ante el miedo al aniquilamiento, los individuos responden con parálisis, sometimiento o desesperanza.

Pero junto al horror, la narración insiste en un pilar ético decisivo: los gestos de solidaridad, valentía y apoyo mutuo. El comportamiento prosocial —la red comunitaria de mujeres que se apoyan, que se protegen y rescatan a otras— constituye el verdadero centro de gravedad de la obra. La sabiduría no se transmite en abstracto; se hereda en gestos concretos, en la calma estratégica bajo presión, en la capacidad de tejer lazos afectivos frente a la violencia sistémica. Rescatarse los unos a los otros deja de ser una opción individual para convertirse en la única vía de resistencia y salvación colectiva.

Escribir para interrumpir la repetición del dolor

En la antigua Roma se decía que eran afortunados quienes tenían la fortuna de protagonizar hechos dignos de ser escritos. Marvel Moreno hizo algo aún más necesario: escribió sobre vidas ignoradas y menospreciadas por el orden de su época, devolviéndoles su dignidad y su humanidad completa. No son historias de un solo día: quedaron narradas como un legado ético de supervivencia, y ese legado no pertenece únicamente al pasado. Hoy persisten mecanismos semejantes de violencia de género —etiquetas y sanciones sociales que recaen sobre formas de vivir y de amar que no encajan en los moldes aceptados— y que se ejercen, en últimas, sobre el cuerpo de las mujeres y de las personas que hacen parte de la comunidad LGBTQ+. Nombrar esa continuidad y visibilizar estas formas de violencia sobre el cuerpo es, también, una manera de honrar el gesto de Moreno: negarse a que el silencio vuelva a imponerse.

Es en este punto donde la literatura se cruza con el pensamiento crítico: la eterna recurrencia del sufrimiento, la sospecha de que la violencia histórica tiende a repetirse, se ve interrumpida por la palabra escrita. Poner el dolor en palabras no es un ejercicio de nostalgia pasiva; es un acto político proyectado hacia el futuro, un dique contra la impunidad y la repetición. Al denunciar el pasado, la narrativa siembra un presente y un futuro más digno para las mujeres, permitiendo entrelazar relaciones desde el reconocimiento mutuo, la equidad y la liberación.

La literatura se transforma así en celebración de la vida y en victoria sobre el silencio. El mayor don que nos distingue es la capacidad de sentir y de indignarnos ante la injusticia. Sobre esa memoria viva se sostiene la posibilidad de transformar el trauma en conciencia, y el pasado en una advertencia indeleble para que la historia no se repita.

---

[1] *Fuente bibliográfica: Moreno, Marvel. En diciembre llegaban las brisas. Barcelona: Plaza & Janés, 1987.*

Luis Angel Echeverri Isaza

Foto tomada de: Revista Semana